

LA NATURALEZA COMO ARQUITECTURA RECREADA

Antonio Fernández Alba *

NATURE AS AN ARCHITECTURE RE-MADE

La degradación, a veces irresistible, que ha sufrido y de manera creciente viene soportando el *medio natural*, requiere de una urgente revisión, tanto ideológica como legislativa, frente a los desvaríos tan negativos a los que conduce un desarrollo ilimitado.

El pensamiento productivo y su derivada natural al mercantilismo agresivo están configurando unos paisajes extenuados por una colonización de objetos técnicos que devoran el «paisaje natural». Los motivos de alarma ya evidentes deben ser sustituidos por acciones crítico-renovadoras frente a la irracionalidad instrumental en que estas sociedades consumen sus victorias.

The paper maintains that an unlimited economic growth has led to an at times irreversible degradation of Man's habitat and that this process persists, thus calling for an urgent reconsideration be it ideological and be it legislative of this patently negative phenomenon.

Sheer Productivity and its spin off, aggressive marketing, are wearing out countries and leaving them with a dreary landscape in which technifying objects batter upon the natural original. The paper suggests that a mere admitting that there are ground for concern is no longer enough and that actions of a critical-cum-renewing nature are now the order of the day given the instrumentalizing irrationality with which these societies at risk boast their feats.

La degradación que ha sufrido el paisaje del *medio natural* en las últimas décadas se debe, sin duda, al acoso industrial, la especulación inmobiliaria y el tradicional abandono histórico sobre el patrimonio de la naturaleza. Este hecho viene consolidando una incultura en torno a su conservación de graves e indeterminadas consecuencias. Frente a esta agresión sobre la orografía, morfología y estética del paisaje como medio natural heredado se alzan actitudes y proyectos que tratan de recuperarlo como un activo cultural de manera que neutralice tanto la invasión de artefactos industriales y sus efectos nocivos como la degradación a que se ven afectadas sus estructuras naturales.

Del paisaje entendido como un bien cultural nacen una serie de propuestas teóricas, de insinuaciones legales, que tienden a hacer más efectivas el conjunto de sensibilidades que se suscitan en torno a la recuperación del medio natural degrada-

do. Una actitud compartida de voluntades que permita enmarcar y equilibrar las dispersas y desgarradoras intervenciones entre naturaleza, paisaje y producción técnica.

La nueva mirada que reclama el medio natural intenta superar el sentimiento de nostalgia y el contemplar melancólico tan afín al romanticismo, tratando de controlar mediante unas políticas de *áreas verdes* los parques nacionales y regionales; proyectando y protegiendo áreas de expansión metropolitana, parques urbanos, yacimientos arqueológicos, limitando las edificaciones especulativas, acotando paisajes fluviales o lugares pintorescos. Se trata de restituir y en parte restaurar a su dimensión más primigenia el «paisaje herido» por la agresión industrial incontrolada, pero también de legitimar el papel que debe ocupar el medio natural en el contexto de la civilización tecnocientífica actual.

Una interpretación injustificada del desarrollo industrial incontrolado ha consagrado el axioma según el cual la naturaleza de raíz técnica es depredadora de la primera naturaleza, siendo la inmola-ción y destrucción del paisaje natural el tributo a pagar en la construcción de los nuevos entornos tecnológicos; y en aras de tan semejante aberración se han consolidado patentes y desgarradores ejemplos en las geografías de muchos paisajes arruinados.

Las disciplinas que sustentan el diseño del «paisaje natural», ideado para los ámbitos urbanos, propugnan un proyecto que trate de superar el discurrir de vagas generalidades, en las que a veces suelen incurrir los gestos de la política urbana y entender tal proyecto, como una arquitectura del verde equilibradora de la tensión que suscita el magma metropolitano. El nuevo paisaje que surge de este proyecto supera la noción de jardín, concepto muy utilizado por la mentalidad burguesa para estabilizar la estructura de la ciudad ante el avance y los asentamientos espontáneos de la industrialización. Esta noción de arquitectura del verde propugna una acción mediadora entre las familias de artefactos, intrínsecos al desarrollo pos-industrial, y la toma de conciencia que caracteriza al hombre moderno sobre el significado de la naturaleza como reducto primario para su propia existencia.

Vivimos y soportamos en la actualidad unos paisajes extenuados por una colonización de objetos técnicos, cuyas imágenes llevan a la conclusión de confundir «pensamiento productivo» y «naturaleza» (G. Cauquilhem), conclusión que se hace más elocuente al contemplar la incidencia del paisaje productivo sobre el medio natural, en un grado de dominio tan absoluto que transforma el pensamiento productivo en protagonista único del pragmatismo positivo que encierra la civilización mercantil de nuestro tiempo. Es precisamente frente a este dominio del pensamiento donde surge la necesidad de crear una conciencia que ilumine el nuevo proyecto equilibrador de las dos naturalezas.

Si es cierto que no existe un paisaje sin mirada, el paisaje del medio natural a construir por la segunda naturaleza técnica tendrá que asumir e integrar muchos de los elementos que subyacen en los perfiles del paisaje natural heredado.

El paisaje heredado referido a las fuentes históricas o artísticas viene cargado de valencias alegóricas, religiosas, míticas, estéticas, botánicas o agrícolas; se alimenta de diversos cauces ideológi-

cos: romanticismo (pérdida del medio natural); iluminismo (mito del buen salvaje); descubrimiento de la mirada oriental hacia la naturaleza (narrativa de viajes); reconocimiento del *genius loci* (valores que desarrolla la estética de lo pintoresco); de la necesidad de un encuentro doméstico con la naturaleza... Todo ello ha de contribuir a configurar los valores ideológicos que debe aceptar el nuevo paisaje contemporáneo, además de explorar cómo poder integrar la *noción de naturaleza* en el contexto heterogéneo de una civilización tecnocientífica.

El «paisaje natural» en la ciudad moderna se transforma e integra en la estructura urbana a través de la arquitectura del verde en lo que conocemos como «parque público». Es una de las maneras como el hombre contemporáneo disfruta de la naturaleza, pues el acontecer de la vida contemporánea ha relegado los postulados románticos que entendían el paisaje como un «determinado estado de ánimo», y que tan singulares ejemplos desarrollaron sobre la arquitectura del jardín urbano, intentando desde una visión estético-poética reproducir y conservar la imagen del medio natural. Esta mirada del proceder poético se iba a transformar en los prolegómenos de la Revolución industrial en un concepto científico, para concluir después, en pleno acoso industrial, en un discurso de apropiación del territorio, asimilando como un bien de cambio económico los paisajes del medio natural. En la producción del espacio metropolitano moderno, el «parque público» viene a ser el reducto último del paisaje natural reconstruido.

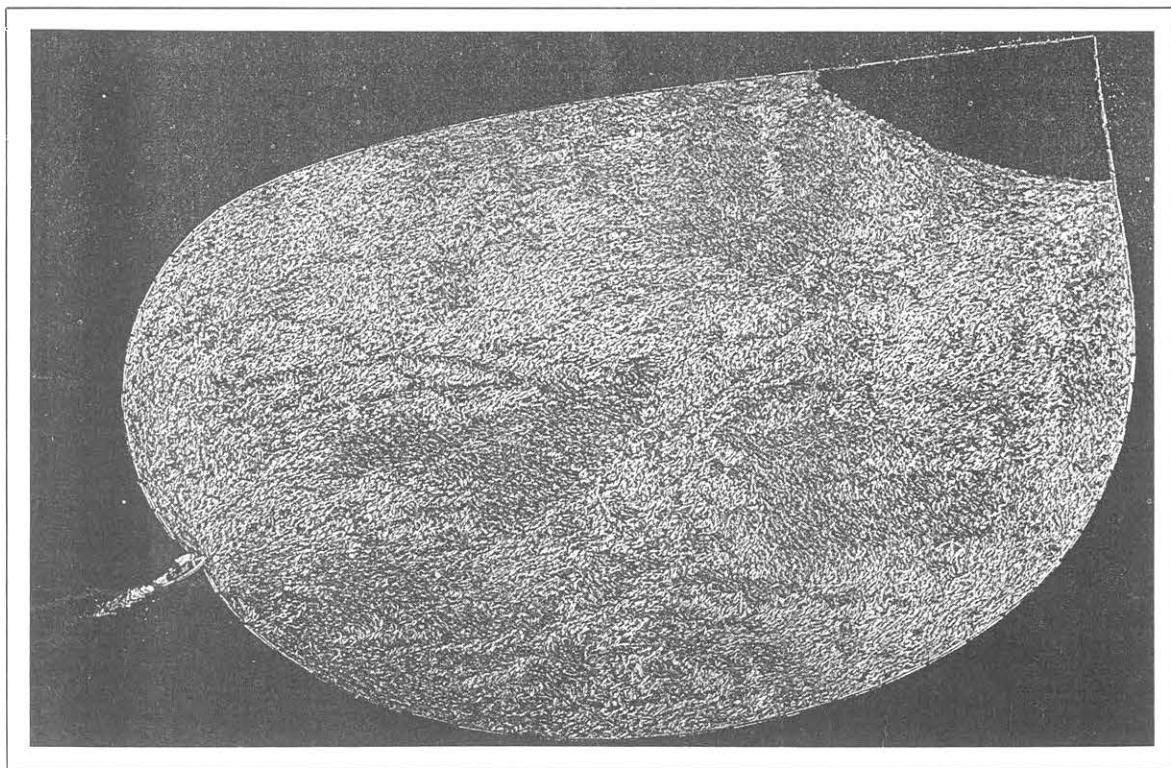
No es de extrañar, por tanto, que la cultura figurativa del verde, por la que apuestan las modernas sociedades posindustriales, intente reproducir el paisaje natural en los densificados núcleos urbanos, formalizando arquitecturas del verde como contrapunto frente a la violenta agresión edilicia que sufre el desarrollo de la ciudad. El parque como paisaje natural en el ámbito metropolitano, parque tecnológico, de ocio, recreo, actividades lúdicas, entretenimiento... funciona como una secuencia de imágenes participatorias en el uso de la naturaleza, de manera que en la intencionalidad de muchos de estos proyectos subyace un diseño de alusiones formales que tratan de amortiguar las tensiones directas que produce el malestar urbano. El parque metropolitano en la ciudad de hoy se transforma en una «mediación ambiental» urbana, en un equilibrador de tensiones, en cierto modo, en un territorio de aproximación semántico hacia la naturaleza que permite vivir la secuencia

de una serie de imágenes idílicas, de evocaciones románticas, o bien, aunque sea por unas horas, recuperar los rasgos de una naturaleza olvidada y en parte destruida en la conciencia del hombre metropolitano.

El «parque público» se construye en la ciudad de hoy como un trasplante del medio natural en el artificio de lo urbano, su implantación y desarrollo transforma las zonas periféricas de la ciudad; permuta el paisaje yermo y desolado por un diseminado vergel, convierte los vertederos urbanos en apacibles lagos... El parque, como la autopista, no conviene olvidar, esconde en su dinámica de apropiación del suelo de la ciudad una mezcla de negocio y de rechazo a la ciudad; revaloriza cuanto toca (Florida o los desiertos de Arizona), pero en la malla cristalina de las ciudades especulares de nuestro tiempo representa el itinerario ensoñador hacia el viejo mito del dominio sobre la naturaleza o el encuentro con un Edén renovado. Difícil metá-

fora para una civilización donde por el momento se presentan como antagónicas las relaciones entre la técnica y la naturaleza.

La arquitectura del verde en la construcción del paisaje moderno de la ciudad viene a reivindicar, en última instancia, la categoría de la *belleza* como elemento mediador de la *utilidad*, pero las raíces de donde surgen las ramas del determinismo economicista de esta cultura posindustrial, sus problemas y contradicciones no son fáciles de dominar desde los términos de una concepción filosófica como la que encierra la *belleza necesaria*, ni siquiera de las intenciones progresistas del pensamiento científico-técnico de hoy. Los modelos del utilitarismo moderno han levantado la fortaleza visible de este inédito «Leviatán metropolitano», que amenaza con desertizar todo el entorno natural donde no arraigue la irracionalidad instrumental, en la que estas sociedades consumen sus «victorias». □



Remolcador empujando una red gigante que contiene miles de troncos recién talados en una explotación de Quebec (Canadá).

* Antonio Fernández Alba es Arquitecto.